

Francisco Lapuerta Amigo

**LAURA
O EL CAMINO
DE LA FILOSOFÍA**



LIBRO PRIMERO:
MUNDO DE LA VIDA

I. La isla y más allá

1. Garachico

El día amaneció tranquilo. La luz radiante caía sobre las piedras volcánicas y las hacía brillar. La zona de baños había estado cerrada en los últimos días por el mar de leva. Recortadas sobre la espuma que las salpicaba, desde la terraza del apartamento vi las rocas azotadas por el empuje del océano. Pero aquel domingo el mar estaba en calma. Aunque era el mes de enero, el sol calentaba el aire a mediodía. Podremos bañarnos de nuevo, pensé.

Era imposible disfrutar del paisaje desde la carretera atestada de tráfico durante el fin de semana. Íbamos en mi pequeño coche a Puerto de la Cruz los sábados y domingos para comprar los periódicos. Leíamos tres o cuatro en aquella época de gran excitación. En un intento desesperado por salvar la acusación de corrupción, había dimitido el vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, tras el escándalo en el que se vio involucrado. Aunque en un principio creí en él, Guerra no daba la imagen de político solvente; a pesar de su cultura, solía expresarse con rusticidad. Lo que más me inquietaba era el desarrollo del conflicto bélico

del golfo Pérsico. Mi periódico siempre había sido *El País*, pero ahora me defraudaba su opacidad acrítica y su claro alineamiento con la censura gubernamental; daba la impresión de haber perdido rigor informativo y se estaba convirtiendo en un órgano de propaganda oficial. *El Mundo* era un periódico pobre y oportunista. *El Sol* parecía confundir el cuidado por la objetividad con el olvido de la transparencia, la asepsia con la apatía, las buenas intenciones periodísticas con la falta de compromiso con la verdad. El único periódico que se esforzaba por eludir la censura militar impuesta con motivo de la guerra del Golfo y ofrecía información de diversas fuentes, información que en ocasiones contradecía la de las agencias occidentales, limitadas a reproducir las mentiras de los ejércitos de uno u otro bando, era *El Independiente*.

Miguel, profesor de Historia, organizó un juicio sobre el conflicto y me llamó a declarar como testigo contra la intervención. Ya que no pude entregar las páginas prometidas para la revista del instituto, al menos tuve la oportunidad de expresar mi opinión frente a alumnos y profesores. Fue un modesto consuelo, pues me había disgustado enormemente la pérdida de un texto de veinte páginas en el ordenador. No era gran cosa, pero llevaba meses recogiendo datos de la prensa e invertí infinidad de horas en su redacción. En el juicio hubo discusión, algún acaloramiento, aplausos. Sobre todo, circuló la información, lo que sin duda hacía falta dada la ignorancia que bastantes alumnos seguían exhibiendo sobre el tema a aquellas alturas de la guerra. Al término del acto, felicité a Miguel.

—Esto es mucho mejor que salir a cantar a la plaza, en plan hortera, canciones de paz —le dije.

Cuando volvimos a casa, me encerré en el estudio e intenté de nuevo recuperar el texto a pesar de que lo sabía definitivamente perdido. Laura propuso ir a jugar al tenis, pero yo seguía enfadado con mi ordenador y debía rendir cuentas con él. Tantas reflexiones sobre la guerra, tantos datos cuidadosamente extraídos de los artículos de Alberto Piris, tantas alusiones a las crónicas de las agencias y las declaraciones de los políticos para acabar perdiéndolo todo. Me comprometí a escribir, me puse a recopilar información; y cuando unos días después estaba concluido el trabajo, los veinte folios desaparecieron de un plumazo. Esfuerzo en vano. Intenté acceder al disco duro haciendo un *setup*, pero fallaban los protocolos, como si las características del disco no se ajustasen a ninguna de las opciones que podían marcarse. Perdí tiempo y llegué a temer que todos los archivos podrían borrarse como había ocurrido con el documento sobre la guerra. El manual de instrucciones del ordenador era una auténtica basura. El sistema operativo parecía ideado para confundir al usuario. Por momentos añoré mi máquina de escribir, que había dejado de utilizar, pero llevaba varios meses usando el ordenador y ya no podía renunciar a él.

Todo era reducible a humo, a cenizas. También la memoria, tan frágil. Comparado con lo que había escrito, mis argumentos en el debate sobre la guerra fueron de un nivel bajísimo. Si ni siquiera lo escrito es perdurable, ¿cómo será de efímero lo pensado? Algún día perderé la memoria por completo, me dije, y entonces ya nada importará haber vivido. Era un desafío, una lucha constante. Me negaba a aceptar que lo único susceptible de ser admirado sin miedo a perderlo fuera la nada. Ahí estaba, creando espejis-

mos electrónicos, poniéndonos trampas para vencer-nos después de aparentes victorias. Mi texto sobre la guerra, la crónica que como enviado especial al interior de mi alma escribí durante al menos dos semanas, cayó irremisiblemente en manos del enemigo. Apenas podía recordar esas páginas. Solo era capaz de recrear-las como si hubieran sido soñadas, deseadas, imaginadas, pero no de hecho escritas. Qué lástima. Empecé a considerar que había estado haciendo el idiota, como un sonámbulo pegado a la pantalla sin acordarme de hacer copias de seguridad en un disco flexible.

Para evadir la contrariedad, recordé lo que unos días antes me dijo Fayed en Icod de los Vinos.

—Estoy harto del tema de la guerra, estoy harto de que me pregunten creyendo que tengo la solución a los problemas de Oriente Medio por el simple hecho de ser palestino.

¿Cómo a una persona tan inteligente le costaba tanto pronunciarse? De hecho, nunca logré sacarle una opinión. Me cuestioné si tenía un valor especial la opinión de Fayed. Lo único que parecía preocuparle era que su novia, que vivía en Las Palmas, siguiera sin decidirse a venir a Tenerife. Su interés no era precisamente la política.

Mi compañero de departamento en el instituto de Icod de los Vinos, del que dependía el mío de Los Silos, se especializó en filosofía de las matemáticas. Positivismo lógico, el Russell de los *Principia* y el Wittgenstein del *Tractatus*. Yo admiraba esa dedicación, que requería una cabeza privilegiada, pero siempre que hablaba de filosofía con él, me sentía decepcionado. Era yo el que llevaba la conversación; él dejaba caer algún comentario breve y tangencial, a menudo con una sonrisa irónica. Debía de atesorar grandes co-

nocimientos, pero Fayed era un hombre callado. De él no aprendí nada.

Había comenzado el mes de febrero, cuando decidí no volver a escribir sobre la guerra del Golfo. Al fin y al cabo, tampoco era mi tema. Me sentía engañado por el Gobierno ahora que se había sabido que España no solo estaba prestando las bases militares para que los aviones norteamericanos llevaran a cabo bombardeos en Irak, sino que la fuerza aérea española transportaba toneladas de bombas de base a base para apoyar esas campañas, lo que significaba una implicación directa en la guerra que el Gobierno estuvo ocultando. Evidentemente, el interés de Estados Unidos y sus aliados, entre los que podía incluirse mi país, iba más allá de la liberación de Kuwait. Me sentía indignado por cómo la censura informativa ocultaba el castigo que estaba sufriendo la población civil, hechos denunciados por Cruz Roja Internacional e inmediatamente desmentidos por los Gobiernos. Los muertos no se ven, pero los hay. Era necesario que se vieran, que para corroborar la realidad de la guerra se mostraran los cadáveres, las heridas, la miseria material de las víctimas, las lágrimas vertidas, la desesperación en imágenes.

Todo ello era grave, pero yo, en aquel momento, en lugar de perder tiempo escribiendo sobre los bombardeos de Bagdad, los refugiados de la frontera jordana y las fechorías de Sadam Huseín, debía encerrarme de una vez por todas a escribir sobre Jürgen Habermas.

La lectura de los periódicos me estaba distraendo. Me estaba sirviendo de excusa para evadirme y eludir mis responsabilidades. Aunque pudiera parecer que con el seguimiento apasionado del desarrollo de la guerra mi cabeza se estaba llenando de ideas, en

realidad era una tendencia hacia el vaciamiento y la irresponsabilidad. Había adquirido un compromiso conmigo mismo y debía cumplirlo. Ciertas distracciones sociales eran necesarias, pero pasar las horas leyendo periódicos y escribiendo en el ordenador sobre política no era lo que debía hacer.

Aquel domingo vinieron a comer algunos amigos: Inmaculada, Raquel, Cristo y Sergio. Paseamos por el pueblo y estuvimos conversando hasta las ocho de la tarde. Por supuesto, el tema principal fue la Operación Tormenta del Desierto, el general Norman Schwarzkopf, el presidente Bush. Cuando se fueron, se instaló en la atmósfera una placidez que tampoco era satisfactoria.

—A partir de hoy no quiero saber nada de guerras —le dije a Laura.

Durante los días siguientes, mi rendimiento intelectual continuó bajo mínimos y seguí devorando las noticias de la prensa.

Aquello preludiaba el nerviosismo de mi primer contacto telefónico con Javier Sigüenza, filósofo de gran renombre. Para que el lector se haga una idea de lo que suponía para mí hablar con él, contaré que durante un año, cuando residía en Tácoronte e iba en coche cada día a mi trabajo en Los Silos, solía escuchar en el trayecto las cintas de casete que grabé leyendo varios capítulos de su último libro. No me agradaba oír mi voz, pero viajaba por completo concentrado en las palabras escritas por Sigüenza. Considerado como el patriarca de la ética en España, acababa de publicar *Desde la incertidumbre*, una obra cuyo contenido juzgaba tan importante que quería introducirlo dentro de mi ser como si fuera una inyección de suero. Sigüenza era el portador de un saber de altísimo nivel

y dominaba el arte de teorizar sobre Karl-Otto Apel y Jürgen Habermas. Escuchando sus palabras mediadas por una voz que me resultaba difícilmente soportable —la mía—, pensé que acabaría familiarizándome con las ideas de ambos pensadores gracias a la locuacidad exhibida por Sigüenza.

Por aquel entonces, concluidos los cursos de doctorado en la Universidad de La Laguna, ya había presentado mi proyecto de tesis doctoral. Con un entusiasmo inmensurable, pero consciente de que el tema de mi tesis era la cosa más rara que pudiera imaginarse, aún quedaba por definir el objetivo de la investigación. ¿Cómo podía hacerlo?; no sabía siquiera si iba a ser un estudio comparativo, una reinterpretación o una nueva teoría. Hasta el punto de partida era difuso, tan difuso que apenas podía formular la fuente principal de mis estudios, anclados en un turbio océano de palabras de ambiguo contenido. Esa materia inaprensible, huidiza, ese algo por descubrir tenía que ver con la controversia entre dos autores alemanes entonces vivos, una polémica que se manifestó en ciertos artículos y libros aún no leídos. El camino se adivinaba largo y dificultoso. Se trataba, por decirlo de un modo en extremo escueto, de contrastar el situacionismo de Hans-Georg Gadamer con el universalismo de Jürgen Habermas. Y ello con la voluntad de ilustrar —u oscurecer— la llamada *Teoría de la acción comunicativa*, firmada por este último. De Gadamer no tenía un conocimiento sólido a pesar de haber trabajado su libro principal, *Verdad y método*, pero a Habermas creía entenderlo bien, había estudiado toda su obra y encontraba algo en él que me apasionaba. Yo quería poner en relación a estos dos

gigantes de la filosofía alemana, pero no sabía dónde me estaba metiendo.

Lo relevante era la convicción de que investigar en filosofía académica y vivir en aquella isla subtropical eran actividades estrechamente relacionadas. Sentado en mi estudio del apartamento de Garachico, despegaba la mirada de la pantalla del ordenador y veía las nubes ciñéndose en torno a los picos que flanqueaban la cercana localidad de Los Silos. Al caer la tarde, cuando una cinta de tonos malvas cruzaba horizontalmente la silueta del volcán de Buenavista, abría la ventana de par en par para sentir el frescor y la brisa. Pensaba entonces que me encontraba en el lugar apropiado para llevar a cabo mi proyecto. Tenía ante mí el reto de superar la teoría en cuanto teoría, y comprobar en mi propia experiencia de la vida lo que realmente valía la pena, que giraba en torno a la «dimensión práctica» de la filosofía. La felicidad no debía de andar muy lejos. Hacer la tesis era en primer lugar una búsqueda de mi propio yo; solo de manera secundaria tenía un interés académico. Siendo benevolente conmigo mismo, supongo que quería entender si el diálogo racional podría servir para solucionar los problemas reales, quería descubrir la eficacia de la ética discursiva, quería usar herramientas conceptuales para analizar «críticamente» la sociedad de mi época, sometida a importantes cambios tecnológicos, quería comprender el «mundo de la vida» en ese contexto contribuyendo asimismo a mejorarlo. Para ello estudiaba filosofía, estudiaba alemán, estudiaba las obras más complejas, aunque me costara comprender y asimilar, estudiaba hasta el desmayo. Sabía que ese era mi camino. No valoraba siquiera la posibilidad de un fracaso porque mi empeño era serio y había cu-

bierto ya un cierto recorrido. Tenía veintiocho años, llevaba más de tres dando clases de Filosofía, sabía algo de alemán —pasé los dos meses del verano anterior estudiándolo en Berlín— y había decidido con firmeza desentrañar las claves, las paradojas, las promesas de la segunda generación de la Escuela de Fráncfort, representada por Jürgen Habermas. Tal era mi imprecisa meta. Todo lo demás, Laura, la familia, los amigos, quedaba en un segundo plano. En una extraña mezcla de confusión, ambición y locura; aquello era una iniciación, un viaje por el camino del estudio hacia no se sabe dónde. Un camino por el que me conduje con la firmeza de la voluntad y no poca desorientación en el concurso de las ideas.

2. Eva en Tacoronte

La universidad donde cursé el doctorado se reveló de un nivel mediocre. Comparaba a los profesores que impartían los cursos en La Laguna con los que tuve en la Universidad de Valencia y pensaba que el único docente que merecía un gran elogio era Antonio Pérez Quintana. De sus clases sobre Kant y Hegel aprendí bastante. Al menos, esa fue mi sensación. Pero ahora que estaba a punto de iniciar la tesis, yo aspiraba a una universidad todavía mejor: la de Barcelona. Hablé con Laura sobre la posibilidad de pedir un traslado a un instituto de Barcelona y ella aprobó la idea, pues eso le permitiría estar más cerca de su familia, que vivía en Castellón, como la mía.

Entregué en la Universidad de La Laguna un proyecto de investigación y Antonio Pérez se puso en contacto con Javier Sigüenza para pedirle que se encargara de la dirección de mi tesis doctoral. Un gran honor. Tenía interés en hablar con el profesor Sigüenza; lo admiraba y temía al mismo tiempo. Esperaba causarle una buena impresión, pero con solo pensar que en unos días habría de llamarle por teléfono me asaltaba el nerviosismo y maliciaba que no podría ocuparse de mí al contar ya con demasiados doctorandos. De hecho, Sigüenza estaba siempre viajando a congresos en Alemania, además de atender innumerables compromisos en el Instituto de Filosofía del CSIC. Con la mediación de Antonio Pérez, quedé en hacerle una llamada a las siete de la tarde de un viernes.

Ese día, después de comer fuimos Laura y yo a Icod de los Vinos. Estuvimos primero en el taller para que arreglaran una rueda pinchada que llevaba en el capó del coche desde hacía semanas y aprovechamos para dar una vuelta por el pueblo, encargar *El País* en el quiosco, comprar carpetas, pasar por un supermercado y echar un vistazo a las tiendas del centro.

Yo tendía a caminar más rápido que ella por las aceras. No era la primera vez que ocurría, pero en este caso Laura parecía moverse con mayor lentitud y se detenía en cada uno de los escaparates de los comercios. Hice todo lo posible por acomodarme a su ritmo y me quedé en varias ocasiones esperando fuera. Seguimos avanzando por una estrecha calle sin pasar por alto una sola tienda de ropa o de zapatos. Aunque soportaba con dificultad aquella dilación ante los aparadores, esperé una y otra vez resignado. Cuando tuve que aguardar casi media hora en la puerta de un supermercado cargado de bolsas,

ya no pude más. Vi con rabia a Laura dentro del establecimiento con toda la calma mirando estantes sin hacer prácticamente nada, con una parsimonia que no podía explicarme ni aceptar, pues avanzaba la tarde, aquella hermosa tarde del viernes, y se consumía el tiempo que restaba para volver a casa y hacer la llamada telefónica a Javier Sigüenza. Cargado de bolsas en la puerta del supermercado del populoso centro de Icod —el reloj marcaba ya las seis y cuarto de la tarde—, decidí apremiarla. Dejé las bolsas en la puerta y entré; aparentando serenidad, le dije a Laura que a mi parecer estaba haciendo las cosas con una lentitud excesiva. Se lo tomó mal. A la vuelta, en el coche, no intercambiamos una palabra y nos limitamos a escuchar una canción de The Mission que sonaba en el reproductor de cassetes.

Tras mi conferencia con Javier Sigüenza, no me preguntó cómo me había ido. Unas horas después, en la cocina, mientras elaboraba la masa de una *pizza* para cenar, intenté reflexionar sobre este episodio. Precisamente porque algo parecido había sucedido ya varias veces, pensé que la asincronía de nuestros relojes internos acabaría tarde o temprano con la relación. Yo solía hacerlo todo con rapidez procurando ser eficaz. Ella podía pasarse horas y horas con una tarea que solo morosamente se iba cumplimentando. Salir de compras juntos era la prueba infalible de esta incompatibilidad fundamental. Vivíamos a ritmos distintos.

Ahora soy de la opinión de que entonces exageraba mi apreciación sobre su falta de dinamismo, pues no era tanto que Laura fuera lenta y pesada de movimientos, sino que yo era puro nervio. Me gustaba ser rápido y no me planteaba la posibilidad de mostrarme

de otra manera. Lo hacía todo sin perder un segundo. Y si en lugar de no perder tiempo conseguía ganarlo, aún mejor.

Javier Sigüenza estuvo amable y correcto. Con falsa modestia, me indicó que le interesaba dirigirme la tesis doctoral para entrar más en profundidad en la filosofía de Habermas, de la que yo sabría más que él. Me habló de la conveniencia de trasladar mi expediente a la UNED, por lo que debía olvidarme de la Universidad de Barcelona, y añadió que podía aspirar a una beca del Instituto de Filosofía, aunque supondría para mí un recorte monetario importante. Me aseguró que me dejaría investigar a mis anchas, pero que debíamos vernos la próxima Semana Santa en Madrid para concretar el tema de la tesis y fijar los plazos y trámites administrativos. Me pidió, por último, que le enviara un trabajo no demasiado extenso que pudiera servir como anticipo resumido de la tesis.

A partir de ese momento, lo vi claro: ya no había excusas, tenía que ponerme a trabajar en serio.

Aquel fin de semana dediqué horas a remodelar una antigua ponencia que presenté en un congreso de filosofía en Peñíscola un par de años antes. Llevaba por título «Ontología hermenéutica y teoría crítica». Recuerdo las caras de aburrimiento mal disimulado del público que tuvo la desgracia de escucharme. Al acabar, hubo unos tímidos aplausos de alivio y llegado el turno de preguntas se hizo un silencio incómodo, hasta que finalmente, con voluntad de salvar la situación y eludiendo el contenido de la ponencia, alguien preguntó:

—¿Cree usted que Habermas es más filósofo o más sociólogo?

Fue la constatación de que nadie se había enterado de nada, lo cual era esperable dado el hecho de que ni siquiera yo sabía de qué había estado hablando exactamente. Con todo, aquella ponencia me sirvió de cimiento para el escrito que deseaba enviarle a Sigüenza. Añadí como preámbulo cuatro páginas cuidadosamente elaboradas sobre el lenguaje en Wittgenstein y Gadamer, e inserté la parte más inteligible del texto de Peñíscola como apartado previo al debate sobre la tradición en Habermas y Apel. Por supuesto, como se trataba de agradar a Javier Sigüenza, intenté encajar de alguna manera sus ideas sobre el disenso como consenso del disenso.

Laura mejoró su humor durante la cena. Tomamos un *gin-tonic* en la terraza y charlamos sobre temas banales mientras mirábamos los reflejos de la luz amarilla de las farolas en la masa oscura del mar. No había luna aquella noche. Quizá porque después de lo de Icod quería congraciarse conmigo, llegados a un punto muerto de la conversación, Laura hizo algo que no solía hacer: me preguntó sobre Javier Sigüenza; no sobre lo que había hablado con él, sino sobre la filosofía de Sigüenza. Tuve la oportunidad de soltar una gozosa sarta de incongruencias.

—Él insiste en este punto —dije para finalizar mi intento de explicación—: para que se pueda dar el disenso en condiciones normales de comunicación argumentativa, es necesario que exista una forma previa de consenso que posibilite la aceptación racional del disentimiento.

—Tradúcelo a un lenguaje humano, por favor.

—Es la idea de que no puede haber un disenso racional sin un consenso previo sobre la posibilidad de que exista el disenso.

—¿Estás diciendo que cuando dos no están de acuerdo, han de estar de acuerdo en que no están de acuerdo? ¡Vaya tontería!

No era exactamente eso, pero sí parecía algo banal. Laura tenía el don de destacar con ironía que todo pensamiento filosófico puede reducirse a un lugar común. Carecer de formación filosófica no solo no le impedía desmontar un argumento, sino que le otorgaba la facultad de hacerlo con radicalidad. Por lo general, no hablábamos de filosofía, y no por falta de ganas por mi parte, sino porque debía estar uno constituido de alguna madera especial para mantener conmigo una conversación sobre mi especialidad. Habría de situarse al mismo nivel de insoportable pedantería, o bien armarse de una paciencia infinita.

Yo estaba entonces demasiado ciego para saber si de verdad era un pedante. Asumía, desde luego, que la filosofía era indisoluble de la retórica. Es un hecho incuestionable que si el lenguaje no se usa de manera apropiada el pensamiento no fluye a través de él. Nunca me cansé de decirles a mis alumnos que tenían que escribir bien si querían aprobar mi asignatura, y sigo pensando que no se puede ser buen filósofo si no se es buen escritor. El problema es la idea de retórica que yo tenía en mente en aquella época, que venía a ser algo así como el uso atropellado y abusivo de los tecnicismos del gremio; una idea infectada por la germanofilia adquirida en mis años de estudiante universitario que cinco años después aún no había superado. Confieso que no me desagradaba la jerigonza filosófica, la encontraba incluso estimulante y creía estar curtido en ella. ¿Cómo no iba a estarlo después de haber estudiado con detalle la *Crítica de la razón pura* y la *Fenomenología del espíritu*? La oscuridad era

inmensamente prestigiosa en mis años de formación en Valencia. Servía al mismo tiempo de refugio donde ocultar la ignorancia y de acreditación de alto nivel de conocimiento. Servía también para distinguir lo encomiable de lo que merecía ser despreciado. Ayudaba a identificar a quien leía toneladas de libros de filosofía, aunque no entendiera gran cosa de ellos, sin confundirlo con el advenedizo que habla de oídas, aunque fuera capaz de hacer juicios certeros. He de admitirlo: quien quisiera entonces conversar conmigo de filosofía debía aceptar las reglas del juego y participar de la misma impostura. Laura no lo hacía. Más bien evitaba cualquier asomo de conversación profunda, y si apelaba a la filosofía era para burlarse un poco de mí y mis amigos filósofos, de los que hablaré enseguida.

Con Laura era yo el que tenía paciencia por otros motivos. Levábamos tres años viviendo juntos y no podría decir hasta qué punto la adoraba. Era tres años mayor que yo, pero a sus treinta y dos años aparentaba veinticinco. El sol de las islas le sentaba bien. Tenía un cuerpo atlético y sabía moverlo con armonía, no en vano había ejercido en Santa Cruz como profesora de danza contemporánea. Desde que nos mudamos a Garachico, ya no trabajaba; se dedicaba a estudiar para unas oposiciones a profesora de educación física. A menudo jugábamos a las palas y al tenis de mesa. Solíamos ir a las playas de arena negra ya avanzada la tarde porque no queríamos exponernos demasiado al sol —«no quiero parecer una gitana», decía ella— y porque a esa hora solían estar desiertas, así podíamos bañarnos desnudos. Vivíamos una relación plenamente satisfactoria en el plano físico, pero Laura, con buen criterio, no compartía mis intereses en el plano intelectual. No quería saber nada de Jürgen Habermas, ni

de Karl-Otto Apel, ni de Hans-Georg Gadamer, ni de la teoría crítica en su conjunto. Decía, con aire resuelto, que estos filósofos eran unos «*pesaos*». Cuando yo hablaba de dichos autores, era también un «*pesao*». Así las cosas, no tenía la posibilidad de recorrer con ella el camino de la filosofía, una actividad que ni siquiera le parecía del todo respetable. Si cierta curiosidad malsana la llevaba a formular alguna pregunta, como en el caso de la filosofía de Sigüenza, era para destrozar de inmediato la respuesta con un zarpazo cruel. En el interior de su mente anidaba la convicción, plena de sentido común, de que la filosofía no te va a solucionar los problemas de la vida, más bien al contrario, te la puede llenar de seudoproblemas absurdos que sería mejor no llegar a plantearse. Para mí, sin embargo, la filosofía era una necesidad. Eso, bien lo sabía, jamás llegaría a ser comprendido por Laura.

No solo tenía paciencia con mi «compañera» —no estábamos casados y este era el término que me gustaba usar— por su actitud contraria a la filosofía; también por su tendencia irreprimible a mostrarse celosa conmigo, lo que nos ocasionó más de un disgusto durante nuestra convivencia. Mis aventuras amorosas durante el tiempo que viví con Laura no pasaron de ser imaginarias, pero ella tenía un agudo sentido de la observación que le permitía interpretar, en cualquier muestra de amabilidad o simpatía ofrecida por mi parte hacia alguna chica, que me estaba asomando al abismo de la atracción y pronto podía acabar poniéndole los cuernos en el mejor de los casos o enamorándome platónicamente en el peor, lo que era para ella tan malo como enamorarse de veras.

Un año antes, viviendo en las cercanías de Tácoronte, acompañaba en coche desde la escuela de idiomas,